

Lo real, lo simbólico y lo imaginario en la clínica psicoanalítica

Inhibición, Síntoma y Angustia: los nombres del padre

Año 2012.

Rodrigo Echalecu

Un analista que se reconoce deudor de la enseñanza de Freud y de Lacan sería conveniente que considere el aporte lacaniano sobre la pluralización de “los nombres del padre”. El singular “nombre del padre”, del que partió el maestro cuando comenzó a formalizar la experiencia psicoanalítica en su seminario, se fue transformando en los “nombres del padre”. ¿En qué se diferencia el “nombre del padre” de “los nombres del padre” en plural?

Fueron largos años, hasta finalizado el seminario “*La angustia*”, donde este singular nombre del padre, vía la metáfora paterna, había sido el que anudaba la estructura, el que permitía y reglaba el goce, metaforizando al deseo de la madre. Cuestión más que interesante: anunció la pluralización del nombre del padre en el título de su seminario interrumpido “*Los nombres del padre*”, en la época en la que es excomulgado de la IPA, ahí donde, podríamos pensar, comienzan a zanjarse diferencias políticas importantes sobre cómo se pensaba la formación de los analistas, la enseñanza del psicoanálisis y al final del análisis mismo.

Lacan realiza una apuesta política y en el medio del asunto, lo que está dando vueltas, son los nombres del padre, de lo que, además, va a dejar de hablar por aquél entonces, incluso llegará a decir que nunca más lo hará, aunque después a esto lo revierta. (Nota al pie: así lo hace, por ejemplo, en su seminario del ’73 “*Los no incautos yerran*”, homofónico, en francés, con los nombres del padre.) Queda situado entonces, de esta forma, el contexto en el que se produce la interrupción del seminario del ’63 que llevaba por título “Los nombres del padre”. Lacan se iba a meter nada más ni nada menos que con el tema del padre, para interrogarlo, iba a interrogar a Freud y llega a dar tan solo una clase de ese seminario, inmediatamente contemporáneo en el tiempo con su excomunión. Diferencias cristalinas se gestaban en torno a la cuestión que, apenas unos meses más tarde, lo llevaron a la fundación de la Escuela Freudiana de París y poco después a la propuesta de la *Proposición del 9 de Octubre*, donde enlazará la formación suficiente de un analista a la nominación, no dice, al nombre del padre.

¿Por qué considerar importante contar en el haber de un analista con estas teorizaciones, que además son herramientas clínicas?

Incluir en el nudo borromeo Inhibición, Síntoma y Angustia como tres nombres del padre, lo llevará a plantear la cuestión del “cuarto nudo”. ¿Qué nombre ponerle a

ese cuarto nudo? Si pensamos a la estructura del ser hablante como tres cuerdas, RSI, anudadas por una cuarta, el recorrido de un análisis, como dirección de la cura, nos permitirá trazar nuevas lazadas de las cuerdas, redistribuyéndose los gozes en la apertura de las cuerdas al infinito. Repitamos la pregunta, ¿qué nombre ponerle a ese cuarto nudo? En otros términos, ¿qué anuda a Inhibición, Síntoma y Angustia?

En RSI plantea este debate y dice que el cuarto que los anuda es el nombre del padre. Nuevamente el “nombre del padre”, en singular. Dice Lacan, lo cito: “para que se anuden estos tres nombres del padre hace falta, necesariamente, uno más, cuya consistencia habría que referir a la función del nombre del padre” (clase 5 del 11/2/75). Inclusive plantea que en Freud, a eso, se lo puede encontrar en su noción de “realidad psíquica” o la del “complejo de Edipo”.

Ahora bien, la cuestión es que no es lo mismo que quien anude como cuarto sea el nombre del padre a que lo haga un sinthome, inventado por el sujeto, como producto de un análisis llevado hasta su fin. Desarrollo que hace Lacan en su seminario siguiente (El Sinthome), donde podemos leer que redobra su apuesta política tomando el relevo, así lo creemos, de su apuesta anterior, en torno a cómo pensar el pasaje de analizante a analista y el lugar de la formación. Notemos, nuevamente, que lo hace después de circunscribir, una vez más, la pluralización de los nombres del padre, como en el año '63. Redoblar su apuesta política entendemos que tiene que ver con lo que se desgaja de sus teorizaciones y también de lo real de la clínica que nos tiene como actores, esto es, que un análisis no finaliza en el atravesamiento del fantasma, podría inventarse un sinthome que reanude los registros, aunque sirviéndose de las hebras del padre RSI para ir más allá. Esto, a su vez, se empalma a la cuestión de la formación de los analistas planteado anteriormente. Un analista no se forma acumulando horas cátedras, de control o de análisis por designación de un tribunal como se lee en los estatutos de La Internacional, habrá en juego nominaciones que circunscribirán lo real de la formación, el agujero de la formación suficiente en el trabajo psicoanalítico de formalización que hace un psicoanalista enlazado a otros por la vía de la transferencia de trabajo. Lo cual, a su vez, encuentra la piedra angular en el análisis del analista, donde lo nominativo será un sinthome según esta nueva apuesta.

Inhibición, Síntoma y Angustia, los tres de Freud, están apilados en su obra trivialmente, sin anudarse. En todo caso, como lo dirá Lacan, lo que haría de anudamiento sería lo que Freud entiende como cuarta consistencia, esto es, el complejo de Edipo o la realidad psíquica. Si es Freud quien nos transmite, desde los albores del psicoanálisis, que la realidad psíquica es la de la novela familiar del neurótico, esto es, la del fantasma, sería importante considerar que no es lo mismo que una estructura quede anudada en el fantasma, producto de la inscripción de la metáfora paterna, manera de sostener al padre, a que RSI se encuentren anudados por

un sinthome, por un cuarto que no solo sea nombre del padre. Desde ya que esto no será sin analizar el fantasma, pero supone ir más allá.

El avance de estas teorizaciones abriría una perspectiva clínica, en lo que a la dirección de la cura se refiere, que permitiría pensar el final del análisis como un más allá del padre. El fantasma que aparece en la clínica como, “pegan a un niño”, que Lacan traduce como “Un niño es pegado” en su lógica del fantasma, será una manera de hacer consistir al padre, de retenerlo, por eso se apuesta a agujerear ese fantasma en el análisis y atravesarlo, para no quedar varados en la religión del padre. Conviene siempre no olvidar, en este punto, que el sujeto se seguirá sirviendo, de todas maneras, del nombre del padre, aunque logre horadar ese fantasma e inventar un sinthome. Quizá también podríamos decir que llegado el caso, de poder inventar un sinthome, el sujeto podrá aún servirse de inhibición, Síntoma y Angustia en tanto nominaciones en lo imaginario, en lo simbólico y en lo real. Observemos que en la última clase de RSI habla de nominaciones y no de nombres para referirse a Inhibición, Síntoma y Angustia. (RSI, Clase del 13/05/75) Insiste una pregunta, ¿cuál es la diferencia entre nombre del padre y nominación? Lacan sienta algunas respuestas, pero deja varias preguntas abiertas, en torno al tema, que retomará en su seminario posterior.

Resultará también conveniente no olvidar el acento patológico que Freud acentuaba a la Inhibición, al Síntoma y a la Angustia, además de considerarlos como nombres del padre, o si se quiere a esta altura, como nominaciones en lo imaginario, en lo simbólico y en lo real respectivamente, como componentes de una estructura a partir de la lectura lacaniana. Sobre todo porque trabajamos con inhibiciones, síntomas y angustias.

Cuando el avance de un registro se traga el agujero del otro, se producirán estas presentaciones clínicas que hacen también a las distintas manifestaciones en que se subjetiva el padecer. Consideramos importante que un analista pueda arriesgar intervenciones que posibiliten circunscribir nuevamente el agujero y sabemos que no alcanza con pedir asociaciones, por ejemplo en momentos cruciales, cuando una crisis de angustia, por situar una de esas manifestaciones clínicas, por la vía del Goce del Otro, amenaza con tragarse la escena y al sujeto mismo. Avance dextrógiro, dirá Lacan, del registro de lo real por sobre el registro de lo imaginario, tragándose el agujero de este registro y recurriendo el sujeto a la angustia como intento de restituirlo.

Las intervenciones serán a puro riesgo, pero es conveniente, según el caso, considerar la estructura como tres redondeles de hilo anudados borromeicamente para priorizar la entrada por una zona u otra del nudo. Lacan, inclusive, va más allá de la angustia y recupera de Freud también a la inhibición y al síntoma en su nudo borromeo. Son nombres del padre, son recursos del sujeto ante el avance del goce, eliminarlos, medicarlos, modificar los esquemas de pensamiento, para hacerlos

desaparecer, como lo hace la psicoterapia, ó revertir la funcionalidad de la conducta para erradicarlos... no se tratará de eso en un psicoanálisis.

Un analista avezado, no descuidará las “diversas emergencias” del nombre del padre (Silvia Amigo, “El filum del padre: De la religión del padre al sinthome”), como lo son Inhibición, Síntoma y Angustia, para llevar adelante su estrategia analítica y política.

La inhibición, pensada en su cara patológica, como “síntoma puesto en el museo” o como inhibición profunda, donde el sujeto se presenta apenas logrando conciliar palabra, nos vemos convocados en la clínica, vía deseo del analista, a realizar intervenciones entre imaginario y simbólico, para poder restablecer el agujero de lo simbólico, donde el acento estará más puesto en intervenciones que no son interpretaciones, porque es un hecho que los pacientes inhibidos no se involucran con el significante.

El síntoma, en cambio, nos invitará a realizar un trabajo entre los registros simbólico y real, para así poder restablecer el agujero de lo real, horadando el fantasma en el que todo síntoma se sostiene, para ir más allá en ese reanudamiento borromeico.